

31- 10-2016 31-10-2017

HA PASADO UN AÑO



**RECORDAMOS SUS ENSEÑANZAS
DE STA. TERESITA DEL NIÑO JESUS**

“MI VOCACION ES EL AMOR”

“SOLO EL AMOR ES LO QUE CUENTA”

“PASAR LA VIDA AYUDANDO AL SALVADOR A SALVAR”

El Padre Jesús Martí Ballester a sus 14 años lee “Historia de un alma” que le marcará su existencia y le ayudará a elegir siempre: “Una vocación al AMOR” y “Ser corazón en la Iglesia” Nos enseñará la importancia de la Oración y a evitar todo lo accidental que la dificulte, buscando todo lo que la favorezca.

Jesús mismo ha enseñado a sus discípulos que tienen obligación de rezar siempre.

Santa Teresa de Lisieux, “La más grande Santa de los tiempos modernos” (San Pio X) mantiene con una singular decisión la maravillosa tesis de que la actividad de la oración posee un valor apostólico superior al que va claramente ligado al ejercicio normal del apostolado exterior.

“¡Atráeme, correremos!” Yo pido a Jesús que me atraiga con las llamas de su amor y que me una tan estrechamente con El que viva y obre en mí.

Santa Magdalena, ella permanece a los pies de Jesús, ella escucha su palabra dulce e inflamada. Mientras parece que no da nada, ella da mucho más que Marta que se afana por muchas cosas y quisiera que su hermana la imitara. Sin embargo, no son los trabajos de Marta los que Jesús condena; a estos trabajos ha estado sometida humildemente durante toda su vida su divina Madre, porque tenía que preparar la comida de la Sagrada Familia. Es solamente la inquietud de su ardorosa huésped lo que El quería corregir.

A los Santos el Todopoderoso les ha dado un punto de apoyo: ¡El mismo y “El solo”! Por palanca la oración que abrasa con un fuego de amor; y es así como ellos han levantado el mundo y hasta el fin de los tiempos los Santos que vengan lo levantarán también.

“Yo no deseo más que una cosa cuando entre en el Carmelo y es sufrir por Jesús... ¡Cuando yo pienso que por un sufrimiento soportado con alegría, se amará durante toda la eternidad mejor a Jesús! Además, sufriendo, se puede salvar las almas. Si en el momento de mi muerte pudiera ofrecer un alma a Jesús, ¡que feliz sería! Habría un alma que habría sido arrancada del fuego del infierno y que bendeciría a Dios por toda la eternidad...”

“¡Oh Dios mío!, Trinidad Bienaventurada, yo deseo “AMAROS” y hacer que os “AMEN”; trabajar en la glorificación de la Santa Iglesia, salvando las almas que están sobre la tierra y libertando a las que sufren en el purgatorio”.

“Lo más importante es el AMOR”

LA ORACION



Hoy en la Iglesia no hay nada más primordial que orar. ¿Cómo no lo vemos? ¿Nos damos cuenta de la responsabilidad y honor que nos dispensa el Señor al iluminarnos para asegurarle a la Iglesia una lamparita que quiere orar y ayunar en un desierto nuevo, comienzo de una primavera luminosa, vivificante y fecunda?

¡Qué necesaria veo la oración! Pero ¡cómo va a ser de difícil hacerlo comprender en el desierto frío de vida materializada que a todos nos arrastra hoy y que ha perdido la sensibilidad para entender las palabras del Señor e invocar su nombre sobre su pueblo:

«El Señor habló a Moisés: Di a Aarón ya sus hijos: Ésta es la fórmula con que bendeciréis a los israelitas: El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz»... «Y yo los bendeciré» (Nm 6,22-27).

Hemos de invocar, como Aarón, la bendición del Señor. Sobre todos los hijos de la Iglesia, para que se transfiguren por la fe. Sobre todos los hombres, para que conozcan a Dios. Sobre las tiernas virtudes para que maduren y se robustezcan. Sobre los defectos para que sean sanados y desaparezcan.

Sobre toda la familia para que crezca.

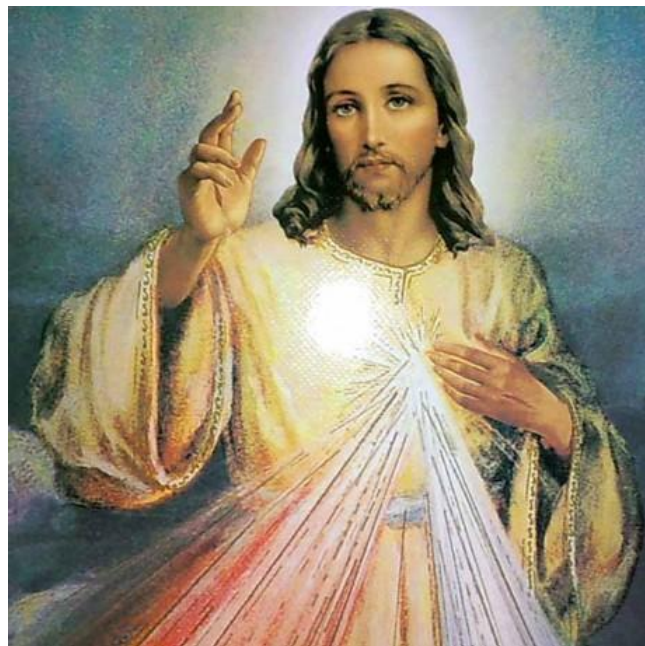
Sobre nuestros bienhechores para que el Señor los haga más liberales y les dé el ciento por uno.

Sobre la salud de los enfermos y la eficacia del trabajo.

Sobre la perseverancia en el surco día a día y golpe a golpe.

La hemos de invocar sobre los elegidos y enviados por el Señor para ser instrumentos suyos en el desarrollo de la Iglesia y en su prosperidad y extensión.

Que les dé esa fortaleza para no desanimarse nunca, para seguir en la brecha siempre. Ese corazón grande para querernos a todos mucho, y buscar nuestra santidad por todos los medios.



La bendición del Señor esté con todos nosotros.

Que se fije en todos nosotros y nos haga muy suyos.

Que nos conceda su paz distinta de la del mundo. Paz en el alma, transformada en Dios. Paz en las comunidades que viven la vida de Dios. Paz. Bendición. Luz divina, prosperidad. La bendición del Señor en este mundo en que se recibe poca ayuda para llevar un silencio interior y esto es grave porque sin silencio la vida interior es imposible.

Santo Tomás daba estos consejos para ser un buen intelectual: «Deseo que seas lento en el hablar y lento en acudir a la sala de visitas. No te inquietes en manera alguna por las acciones de los demás. Muéstrate amable con todos pero con

nadie seas demasiado familiar porque demasiada familiaridad origina desprecio y da pábulo a muchas distracciones. No te preocupes de palabras y acciones mundanas. Evita, sobre todo, los inútiles correteos. Estima tu celda si deseas ser introducido en la bodega del vino» (bis Sertillanges, «La vida intelectual», pág. 39)

Para ser un buen cristiano también hace falta un relativo silencio exterior y mucho silencio interior. Si éstos fallan el cristiano es superficial, inevitablemente superficial.

Cuando todo por la calle nos grita y nos quita el equilibrio y nos turba el sentimiento, que podamos al menos encontrar en el templo clima propicio para la vida interior.

Distinguiamos la piedad interior y la exterior. Pero las relacionamos como la causa y el efecto.

Si externamente brilla la piedad exterior por lo menos no se hace daño con el ejemplo y ésta es un primer paso para llevar los hombres a Dios.

El medio más importante para obtener la piedad exterior es la irreprochable compostura, el religioso silencio, en el templo y sus dependencias. El ejemplo debe partir, en primer lugar, de los que tienen más deber de ser piadosos por consagrados.

No nos ahorremos sacrificio hasta conseguir el silencio en el templo y evitar en sus dependencias todo lo que huelga a salón o indique comercialidad y veremos unos resultados de piedad auténtica en el pueblo de Dios que necesita la oración como el aire que respira.

Bernanos en su novela El cura rural, pone en labios del cura de Torcy estas palabras dirigidas al protagonista de la novela, un sacerdote joven que sufre extremadamente: «Muchacho, oras poco para lo que sufres. Hay que alimentarse en proporción a las fatigas y la plegaria tiene que estar también en proporción con nuestros dolores» (Bernanos, Luis de Caralt, Barcelona, pág. 192).



Sí, realmente necesitamos mayor entrega a la oración cuando son mayores los sufrimientos, o cuando el trabajo también es extraordinario, o las tentaciones se acentúan.

Pero es entonces cuando, por una parte el estado síquico y por otro también el enemigo, que si es enemigo del alma es enemiguísimo de la oración, pues si logra que el alma la deje él se va de vacaciones, trabajan para que se deje de orar.

Y esto es semejante a lo que sucedería si cuando tenemos mucho trabajo, y porque lo tenemos, dejáramos de comer; o cuando sufriéramos desgaste extraordinario dejáramos de nutrirnos.

Dejar la oración cuando tenemos poco tiempo, equivaldría a no comer por exceso de trabajo. El cuerpo y el alma se han de resentir, necesariamente, e incluso hasta la muerte.

Ha de ser la primera actividad del día la oración. Ora como puedas, si no puedes llegar a la oración que tú hayas visto más perfecta. Porque interesa comer, sea lo que sea. Si no se puede comer paella, comer aunque sea arroz con acelgas, la cuestión es nutrirse de vida de Dios, tener contacto con Dios.



En la oración Dios nos comunica su luz y su fuerza, sus consuelos y los dones del Espíritu Santo; en una palabra, en la oración Dios nos comunica su entraña y su vida y por consiguiente nos impele a pisotear la terrena, y no digamos el desorden de esta pobre vida, de este viejo Adán que es nuestro cuerpo y alma privados de su gracia.

Pero todos estos tesoros no deben quedar enterrados. Cuando Dios actúa es porque nos quiere colaboradores de su Redención y quiere que obremos en consecuencia en la práctica de las virtudes.

Salir de la oración será salir siempre más humildes y con más energías para la lucha y con más amor fraterno y con más deseos de perdonar y de trabajar y de estudiar y de orar y de obedecer, cuanto más contradiga a nuestro natural más.

El que hace oración se va purificando, va adquiriendo las costumbres de Dios de cuya vida Trinitaria participa.

Con esto ya tendremos una piedra de toque para averiguar si nuestra oración es auténtica o falsa: las obras que de ella nazcan lo pondrán en evidencia.

«Porque si el alma está mucho con ÉL, como es razón, poco se debe acordar de sí; toda la memoria se le va en cómo más contentarle, y en qué, o por dónde mostrará el amor que le tiene. Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual; de que nazcan siempre obras, obras» (Santa Teresa, «Séptimas moradas», 4, 6. 46).



¡Qué de bienes se derivan de este trato de amistad con el Verbo Encarnado!

¡Oh si lo supiéramos qué avaros del tiempo de la oración nos haríamos y cómo no la dejaríamos por nada, por nada del mundo y enseñaríamos a todos estos tesoros y a saberlos y quererlos allegar!

Mirad que os mira, acompañadle y habladle, y pedidle y humillaos y regalaos con Él... que Él os enriquecerá, bendecirá vuestros deseos.

En medio de la sencillez tiene también su entrada la sequedad. Pero, hemos de estar prevenidos ante ella. Hay que huir de dejar la oración por sequedad. Al que busca a Dios en la oración lo mismo le importa la sequedad que el fervor. ¿Qué más da? Estoy ante El. De rodillas o sentado. Y no siento nada. ¿Es mala mi oración por eso?

Voy a analizar. He venido aquí. Mi voluntad ha arrastrado el cuerpo. Eso es lo que vale. Éste es el obsequio que le hago a Dios con tal de que mantenga después el esfuerzo de estar en su presencia con todo mí ser y no sólo con mi cuerpo, ausente la mente. El sentimiento no añade nada porque no cae bajo la voluntad, que es la única que tiene derecho al mérito.

Mi ser ante Dios, sienta o no sienta, pues no es eso lo que interesa. Lo que me interesa es que a Él le gusta y yo hago lo que a Él le agrada, prescindiendo de mi gusto. Le hago compañía. Monto la guardia ante Él. Él es lo suficientemente grande como para que me quemé ante Él.

He venido a estar con Él. Si Él me convida me quedaré a comer. Si no lo hace me quedaré en ayunas.

Hemos de ir porque es nuestro deber y porque le amamos. Nuestra oración ha de ser tan desprendida como las tres primeras peticiones del Padrenuestro.

Y, a lo mejor, nos sucede como en Caná, que primero sirvieron el vino malo y después va Él y nos regala con el bueno, cuando ya no lo esperábamos y todo junto.

Aunque la comparación no es exacta por cuanto la sequedad no es vino malo, sino para entender que el regalo puede venir a la postre.

AMAR A LA IGLESIA



"La Iglesia es a la vez humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina... leemos en la Sacrosanctum Concilium 2).

"Hasta que el Señor venga en su esplendor con todos los ángeles y, destruida la muerte, tenga sometido todo, sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican;

mientras otros están glorificados, contemplando "claramente a Dios mismo, uno y trino, tal cual es", puntualiza la *Lumen Gentium*, 49.

En realidad, el tratado de Iglesia se ha desarrollado en los últimos tiempos, y ha culminado, hasta el presente, en el Vaticano II, con su Constitución Dogmática "*Lumen Gentium*" y el Decreto "*Apostolicam actuositatem*", junto con otros documentos, que han extendido su concepto y han universalizado su misión, como la Exhortación Apostólica "*Christifideles laici*", de Juan Pablo II, que ya es fruto del Concilio. El misterio de la Iglesia, tiene su origen en la Trinidad y fue instituida por Cristo.

LA IGLESIA NACE EN EL CORAZON DE LA TRINIDAD

La Iglesia nace en el corazón de la Trinidad, que "dispuso convocar a los creyentes en Cristo en la Santa Iglesia". Ya los antiguos decían que el mundo fue creado en orden a la Iglesia: "Así como la voluntad de Dios es un acto y se llama mundo, así su intención es la salvación de los hombres y se llama Iglesia", dice Clemente Alejandrino.

Aunque la Iglesia venía siendo preparada ya en la Antigua Alianza, el plan de salvación del Padre lo instaura en la plenitud de los tiempos, Cristo que, para eso ha sido enviado. Aunque sus palabras y sus obras la iniciaron, "la Iglesia ha nacido principalmente del don total de Cristo por nuestra salvación, anticipado en la institución de la Eucaristía y realizado en la cruz. "El agua y la sangre que brotan del costado abierto de Jesús crucificado son signo de este comienzo y crecimiento" (LG). "Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia"(SC) (CIC 766).



VIVE EN LA HISTORIA Y LA TRASCIENDE

La Iglesia vive en la historia, pero al mismo tiempo la trasciende. La iglesia es el Pueblo de Dios, cuya identidad es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo; cuya ley es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo nos amó; cuya misión es ser la sal de la tierra y la luz del mundo; cuyo destino es el Reino de Dios, que ha de ser extendido hasta que Cristo lo lleve a su perfección.

Socialmente, en la economía de la encarnación, la Iglesia es parte del mundo y tiene una misión secular, pero no se identifica sin más con el mundo ya que es presencia y signo del Reino de Dios, y debe ir creciendo en la unidad, y sólo conseguirá ser totalmente una cuando sea totalmente Iglesia.

Tres son las connotaciones esenciales de la Iglesia mientras va de camino: secularidad, tensión hacia la llegada del Reino y unidad. Estas tres características dan origen al laicado, la vida religiosa y el ministerio jerárquico. Contemplada la Iglesia como comunión, los tres estados constitutivos de la Iglesia se complementan en el perfeccionamiento de la comunidad.

La reforma de santa Teresa tiene como fin: ayudar a la Iglesia. Su dolor es ver por tierra a la Esposa de Cristo. El medio de su ayuda será la oración y el sacrificio, pues las cosas crecen por lo que nacen. Y al fin de su vida declara que "muere hija de la Iglesia".

En su tiempo la concepción de la Iglesia estaba basada en la teología de los poderes. Unos celebran, enseñan y gobiernan, otros aprenden, asisten y obedecen. Según el Vaticano II, la Iglesia es una sociedad visible y estructurada orgánicamente en la que todos los miembros participan el Espíritu de Cristo; la ecclesiológia del Concilio es una ecclesiológia de comunión en el misterio.

De esta manera en la comunidad cristiana nadie es más que nadie, todos tienen la misma dignidad de hijos de Dios y cada uno aporta sus carismas al bien de todos. Considerar la vida consagrada por lo que hace más que por lo que es, ser signo del Reino, llamada a fijar los ojos en Dios, en el siglo futuro, en la patria, es salir del espíritu y de la letra del Concilio y no entender la genuina misión de la vida consagrada.

LA IGLESIA SANTA Y PECADORA

He nacido en la Iglesia, espacio donde actúa el Espíritu, para vivir eterna y filialmente con Dios; he crecido y crezco en la Iglesia para servirla; recibo en la Iglesia lo mejor que tengo para extenderla; realizo en la Iglesia, lo más valioso que puedo hacer; estoy enamorado de la Iglesia y doy día a día la vida por ella; he sufrido mucho por la Iglesia por sus errores; y sigo sufriendo y deseo y lucho por una Iglesia más pura, más unida y humilde, más interior y evangélica, más samaritana y materna, más sencilla y mansa, más hogar.

Quien sólo ve en la Iglesia una sociedad humana y pecadora y no sabe ver su calidad de santa por vivificada por el Espíritu de Cristo, siempre con ella como Esposo y soldado vigoroso en medio del fragor de la guerra, pronto se escandalizará y dejará de creer en ella. Quien la vea como un pueblo maravilloso que viene de lejos, atrayéndose a todos los pueblos, asimilando todas las civilizaciones, traduciéndose en todas las culturas, hablando en todas las lenguas, veinte siglos haciendo el bien, aunque no lo haya hecho siempre bien, la amaré como a una madre anciana, a pesar de las arrugas que contrajo en la lucha.

Cuando yo comencé a necesitar un mentor, había poco que escoger: la furia marxista había martirizado a una gran parte del clero español, la mejor. Pero la Iglesia me ofreció un acervo de revelación y de literatura, de águilas y de santos, de místicos y de genios actuales, que han forjado mi personalidad. Los errores que he detectado en la Iglesia, siempre los he visto rectificadas por otros hombres más lúcidos, y compruebo que los obstáculos ejercen de galvanizadores y las zancadillas de fertilizantes, pues como las cosas crecen por lo que nacen, lo que nace de la cruz crece por la misma cruz, aunque al ritmo peculiar de la vida.

¿Qué sería del mundo sin la cultura creada y conservada en las Abadías, sin el arte cultivado por la Iglesia? ¿Qué de las escuelas? ¿Qué de los huérfanos, drogadictos, minusválidos, etc.? Iglesia, no sólo el papa, obispos y sacerdotes; también misioneros

heroicos, santos seculares, obreros y santas madres que sufren, rezan y se inmolan por sus hijos, todos fuertes por la oración y la vida sacramental. Por la Eucaristía, la Palabra, la Oración y el Perdón de Dios transmitido en y por la Iglesia.

¿Cómo olvidar al Sacerdote que me fascinó de niño hasta el punto de que quise ser como él? ¿Y a aquella pléyade de mártires asesinados en su florida juventud? ¿Y a tantas santas religiosas anónimas y pobres, trabajando y orando por toda la humanidad en el silencio de los claustros?

También ¡cómo no!, paja humana. Pero ¿puede oscurecer el barro de nuestra pobreza el fulgor deslumbrante de tantos millones y millones de estrellas? ¿La Pietá de Miguel Angel, dejará de ser hermosa, aunque tenga manchas? Más de veinte siglos viene caminando por esta hermosa y pobre tierra este Pueblo de redimidos; polvo lleva en las sandalias, el polvo del mismo suelo que pisa; sus pies son de barro, pero su Cabeza de oro celestial se mece brillante entre luceros.

Mi gloria y mi vida será servir siempre a la Iglesia, y como Teresa de Jesús, morir hijo de la Iglesia: “¡Al fin muero hija de la Iglesia!”.